

UN MATRIMONIO FELIZ

Marco Tulio Aguilera Garramuño

Relato dividido en tres cuentos

1. La mujer y el espejo

*En el fondo, ¿qué es lo que amamos nosotros, los hombres,
en la mujer, sino que cuando se "dan", siempre dan también un espectáculo?*

Nietzsche

Todo era allí diferente. Desde el patio central de cantera donde se levantaban tres absurdas columnas de granito rodeadas por una fuente colonial, hasta las habitaciones, en las que había un exceso de luz o un exceso de oscuridad, cortinas muy pesadas, colchones y almohadas extremadamente mullidas, rellenos de pluma de ganso, supongo. Cielorascos abovedados constituidos por ladrillos que iban formando círculos concéntricos cada vez más pequeños. Baños dignos de Pompeya, vasos y jarras de cristal de Bohemia. Espacios, ventanas, muros, cuidadosamente calculados para que la incidencia de la luz o la sombra crearan cuadros dignos de Velázquez a partir de las criaturas más vulgares. En la sala, rodeada por ventanales que daban a un jardín que parecía querer resumir la flora americana, bajo un gran vidrio, un entierro prehispánico, con huesos, puntas de obsidiana y cerámica prehispánica. Era notable que quien había diseñado la casa pensó hasta en el último detalle. Sin embargo sus designios, su intención no logré penetrarlos. La habitación que nos asignaron tenía un aire de santuario o de cárcel, rejas de hierro forjado, paredes muy anchas, candelabros de bronce. Las sábanas de un algodón delicadísimo, una alfombra de tejido suave en la que se hundían los pies, toallas de calidad insuperable. Todo parecía justo a la medida de alguien que no éramos ciertamente mi marido y yo. Lo que destacaba sobre todo era un anciano armario de cedro, de piso a techo, que tenía por puerta un espejo gigantesco, en el que se reflejaba casi toda la habitación. No conozco la razón por la que los espejos me ponen nerviosa, de alguna forma siento que me atrapan, que me atraen. Sé que la idea es de una

vulgaridad vergonzosa, pero no puedo evitar sufrirla. No se trata de la simple vanidad que hace que me mire en mis largas soledades, pues, aunque soy bella sin escándalo, y algunos dicen que muy bella, no me ocupo demasiado de mí misma ni pierdo el tiempo maquillándome ni espero la fácil dicha en el elogio de los demás. Soy más bien sumaria en mis negocios con el espejo y con el arreglo personal. Como muchas mujeres, doy al amor mayor importancia que a cualquier otro aspecto de la relación personal. Amo a mi marido con una pasión que tal vez no alcance ese nombre y que se relaciona sobre todo con las felicidades domésticas, el tiempo compartido, el descanso de saber que cada noche yace a mi lado un hombre al que creo conocer y del que no puedo esperar nada deplorable. Me entrego a él con facilidad cuando durante el día he sentido que comparto una misión con él, cuando las cosas van bien en la casa, cuando sé que en mi marido hay un ingrediente que no podría hallar en nadie. Me abandono a él con resignación cuando mi humor no es propicio. Soy, por decirlo de alguna forma, disciplinada en el amor conyugal. Es algo como un apostolado, algo que tiene que ver con la familia, los hijos y la sospecha de Dios. Por eso me cuesta trabajo entrar en ánimo para hacer el amor cuando estoy fuera de casa y sin embargo, sé que me ruborizo al decir esto, es precisamente lejos de casa, en hoteles o lugares ajenos a los domésticos en los que me someto a los caprichos más extravagantes de mi esposo. O quizás deba decirlo, dejo salir de mi persona una permisividad absoluta, una capacidad insólita de provocar situaciones escabrosas o por lo menos desacostumbradas. Le pedí a mi marido que nos fuéramos del cuarto, que huyéramos, que regresáramos a casa. Patricio sonrió mirando de reojo el espejo. Vi en sus ojos esa expresión de maldad juguetona que le conozco cuando está tramando sus fechorías.)De verdad quieres irte?, dijo poniendo su mano en mi hombro y atrayéndome hacia él. No pude evitar ceder a su incitación y acerqué mi cuerpo, que se plegó al suyo con la facilidad y el placer del guante quirúrgico a la mano del cirujano. Patricio tomó mi nuca con poca delicadeza y cuando su boca se adhirió a la mía, sentí que yo era como un gran fruto en el que ese hombre goloso enterraba la boca. Patricio bajó su mano derecha por mi espalda, recorrió con ella mis vértebras una a una hasta llegar a la cintura, descendió hasta mis nalgas y enterró sus dedos con deleite, hundiendo mi falda de seda y mis interiores en la entrepierna. Sentí que perdía el aire, miré a mis espaldas el espejo. Vi su cuerpo y el mío como si fueran ajenos, imaginé una especie de batalla a la luz de una hoguera, había desesperación y deleite, rabia y amor, algo diabólico, inconfesable, en todo aquello, y sin embargo -pido perdón por la tonteía que voy a decir- divino.)Estás segura que quieres irte?, preguntó de nuevo. Bajé los ojos y le dije que no. La verdad es que tengo unas ganas locas de quedarme. Por fortuna había muchas actividades previas a nuestro placer: unas compras, la asistencia a casa de amigos, un par de conferencias, una obra de teatro. En eso y otros asuntos más olvidables se nos fueron los primeros días, en los cuales se reiteró la pasión, de forma algo convencional. De todos modos mi esposo y yo sabíamos que ese espejo que nos miraba casi burlonamente estaba esperando el momento propicio para obligarnos a hacer lo que yo ni me atrevo a soñar, o que si sueño, luego pierdo en la piedad en el olvido. Una semana se disipó. Yo continuaba inerte, esperando con inquietud y emoción lo que tenía que pasar. Patricio seguía en sus actividades y no se percataba o fingía no hacerlo,

de que el espejo nos estaba esperando, nos acechaba, con risueña paciencia. Llegué a imaginar que detrás del espejo estaba un indígena, que quizás fuera el guardián de la casa, una criatura displicente que disponía de una perseverancia de siglos y una curiosidad malsana. Imaginé que la casa ocultaba, en algún lugar, tal vez en el entierro indígena, la entrada a otro mundo, más sórdido y cercano a lo bestial, a lo que acaso en el fondo todos los seres humanos guardemos. A la octava noche, en la que los besos de mi marido me había inflamado hasta el extremo, le dije, tratando de sonar lo más natural posible, que por qué no nos acercábamos al espejo. Desnudos los dos nos arrimamos al fuego bruñido y frente a aquel enemigo nos volvimos a trenzar en un abrazo febril. Cuando tuve aliento para hacerlo, después de haber sentido el poder pleno de mi marido en las partes más evidentes, le dije sin dejar de mirar nuestro reflejo: Pídemelo lo que quieras, amor, estoy dispuesta a hacerlo. Patricio se apartó ligeramente, contuvo el aliento, me miró a los ojos y preguntó ¿estás segura? Absolutamente segura, le dije, haré todo lo que quieras, me dejaré hacer lo que quieras, absolutamente todo. Y entonces lo pidió, eso que nunca me he atrevido a hacer y que no creo que nadie, aparte de las mujeres de la peor vida hagan. Hice que Patricio se tendiera, yo me acosté sobre él, pero oh Dios, no como manda la naturaleza, sino en contra de toda regla, y él comenzó a devorarme y yo con furor de leona lo atrapé con mi boca y lo mordí y lo aspiré, afiebrada, desesperada, más total que nunca, definitivamente, y no quise ni respirar sino que me lo comí todo, todo, una y otra vez, hasta el fondo, con mi boquita delicada acepté su tamaño, su vigor, hasta que supe que venía a mí y ni aun entonces quise soltarlo. Él tampoco lo evitó, sino que se vino sobre mí, inmovilizándome con sus muslos, me convirtió en su puerto y ni siquiera entonces quise soltarlo y Patricio seguía casi rugiendo sobre mi cuerpo y enterraba su rostro y se debatía como un perro rabioso y con su lengua me barría por completo y comencé a agitarme, a venirme en él, a desahogarme y ahí quedamos los dos fundidos como seres terribles fulminados por el mismo disparo, atravesados por una lanza enorme durante horas y horas y caímos a lado y lado, él con su cuerpo glorioso y relajado y yo con el sentimiento de que al cumplir esa especie de mandato del hombre del espejo había comenzado a ser otra y que ya nada podría ser igual y que las pequeñas felicidades que hacen mi amor tendrían ahora un sentido distinto. Me levanté, fui al baño, me lavé una y otra vez, enjuagué mi boca con jabón y pasta dental. Cuando regresé Patricio seguía tendido en la alfombra con su cuerpo reflejando la luz del farol exterior y una expresión de virtud recobrada. Ya no quise abrazarlo. Al día siguiente no pude ocultar mi mal humor, mi desprecio por ese hombre que me había manchado de esa forma, pero seguí a su lado, fingiendo la paz natural, aunque mi espíritu estaba en guerra, tratando de entender, de perdonar, de olvidar. El regreso a la habitación, después de las gestiones de cada día, sería a partir de entonces triste, lúgubre y el espejo, ya libre de nosotros, parecía inocente, pero yo sabía que en él residía un poder, el conocimiento de nuestro secreto, y por eso lo depreciaba. Hubiera querido destrozarlo, pero no lo hice. Sería no sólo una falta de cortesía hacia nuestros huéspedes (que, debo decirlo, eran casi desconocidos: miembros de una nueva empresa que ofrecía *turismo diferente*), sino, tengo que decirlo, un acto cobarde. De alguna manera sé que tengo que vivir conmigo misma, con mi esposo, con nuestras

debilidades. Antes de cerrar la puerta el último día de nuestra estancia, Patricio (en cuyo rostro vi una angulosidad de pómulos que antes no había notado) y yo nos detuvimos frente al espejo. Mi esposo sonrió con esa confianza, con ese saber de brujo, de sabio, de imbécil, de taimado, que a veces confundo. Yo también me descubrí sonriendo. Supe que en esta vida, detrás de todo lo que sucede, siempre hay otra cosa.

2. Las mujeres de vídeo

Mirándose al espejo después del baño Patricio recuerda a Diedre, a Nikki, a Roberta, a Nicoleta, a Serena. Son mujeres dóciles, nada problemáticas, atrevidas. Nunca se quejan. Están dispuestas a todo en cualquier momento. Catalina por el contrario se muestra cada vez más difícil, exigente y desidiosa.

-La verdad, querido -dijo la última vez que lo hicieron, en la casa de las columnas- las fiestecitas de amor me molestan. Son como empresas en las que al final no tengo ni siquiera recompensa. Además hay cosas que no entiendo y que me preocupan.

Hubo un tiempo en que Catalina quería alcanzar las puertas del cielo cada dos o tres días. Y casi podía arañarlo. Llegó a tener orgasmos mortales que la dejaban llorando convulsivamente. O que la abandonaban en un limbo de temor al sospechar que nunca de nuevo iba a alcanzar semejante escándalo de dicha. Ahora, que han pasado los años y los ardores de las primicias, sabe que Patricio es débil y que sus entusiasmos son breves y apresurados, suficientes apenas para permitirle aspirar a paisajes de hojalata.

-Lo que pasa es que no aceptas con resignación que en cosas del amor el tiempo pasado siempre fue mejor.

Para Catalina toda razón es vana. Inútil es discutir con ella. Bueno sería hacerla desaparecer aplastando un botón. Desgraciadamente la realidad no funciona así.)La verdad? Ni Diedre ni Nikki ni Roberta ni ninguna de las demás tienen nada que enseñarle a Catalina, pues ella lo sabe todo y todo lo practica...cuando quiere.

Patricio se pasa la mano por la barba. De ayer a hoy las canas parecen haberse duplicado. Un doblez de piel que antes no había notado cuelga bajo su ojo derecho. Es oscuro y tiene puntos diminutos, parece un tentáculo que comienza a tomar posesión de su rostro, cada vez más anguloso. Las obras del tiempo y la corrosión de las horas secretas. Piensa en esos seres de doble personalidad, santos de día y demonios de noche. Intenta dibujar en el espejo una sonrisa de malo, de bestia sangrienta. Es una lástima que los espejos

conocidos sean tan inofensivos. Sólo muestran las miserias del tiempo. Calma, no exageres, Patricio, lo que tienes es un viciecito, una cosa de nada, una dosis mínima de maldad, que no perjudica a nadie. Pero esas canas, esa arruga, en fin. Masajeó su rostro con energía, se peinó la barba. No está dispuesto a teñirla. Quiere envejecer orgullosamente. Movi6 la cabeza a lado y lado, intentando aliviar la tensi6n.

Ninguna de las mujeres secretas de Patricio tiene complicaci6n alguna. Detestan que se les hable de amor, ignoran las invitaciones a cenas con meseros de guantes blancos, mantel de lino bordado, vela en candelabro de plata y champaña, no son fértiles ni se vuelven locas cuando entran a un centro comercial. Ellas van a lo que van y terminan abrevando en la fuente más dulce, lamiendo, gozando, y de paso, dejan a Patricio en un remanso de paz, de lasitud.

Patricio en general duerme como un iluminado después de una sesi6n de excesos, pero en ocasiones se le aparece en sueños una criaturita femenina que quiere seguir con los deleites o un asesino de cabeza rapada que le dispara a quemarropa en el rostro. La verdad es que cuando Patricio decide recurrir a las damas de vídeo, lo hace después de largas abstinencias, cuando sabe que su esposa no estará disponible durante varios días. Es el pecadillo íntimo de Patricio, su medalla al mérito oculto, su condecoraci6n. Escapar de la casa como un ladr6n, llegar al vídeocentro y dirigirse desvergonzadamente a la secci6n triple X. Recorrer las películas una a una, estudiándolas con escrúpulo de comerciante. Le atraen particularmente dos tendencias: las de mujeres ex6ticas (filipinas, tailandesas, africanas) y las de jovencitas. No olvida la que filmaron Nicoleta y Danusa en las islas Seychelles. Detesta las de perversiones sangrientas, bestialismo y homosexuales. Adora las que respetan el entorno ecol6gico y las que se ocupan con minuciosidad del beso francés.

La más reciente invitada que tuvo en casa (anoche, que Catalina durmi6 en el cuarto de la niña) fue Daniella Mariposa Triple X, una jovencita que se pasó toda la película encerrada en su habitaci6n, con las manos entre las piernas, hablándole a la cámara, mientras miraba un sill6n en el que imaginaba escenas. Daniella era una niña, tendría acaso 15 años, y sus ojos se redondeaban de pasmo cada vez que imaginaba ver en el sill6n escenas escabrosas. Vio a una tailandesa, tan joven como ella misma, que se arqueaba a la manera de una serpiente enfurecida mientras un oriental extremadamente feo, le lamía con arte de orfebre una orquídea temblorosa. Vio a una rubia, también joven, de dientes separados, que repasaba con su lengua como un pincel, la verga grande y saludable de un patán musculoso. Se vio a sí misma en un abrazo inverso con una mujer sabia, que tañía su sexo como un arpa.

Patricio tuvo a Daniella en casa menos de doce horas, pero gracias a ella derram6 generosamente su placer dos veces. Por la mañana, se levant6 sin ning6n complejo de culpa al mismo tiempo que su esposa, tom6 café con ella y sac6 el Ford de la cochera. Se despidieron sin un beso, pero con cortesía, casi sin rencor. En realidad no habían peleado la noche anterior. Solamente cambiaron una mirada equívoca y eso bast6 para que Catalina buscara dormir lejos. Gracias, se dijo Patricio cerrando la puerta con llave. Se

frotó las manos, se dio dos palmaditas en el rostro, abrió el baúl de la ropa de invierno y buscó a Daniella Mariposa Triple X. Besó el estuche y se dispuso al deleite.

A las nueve de la mañana Patricio fue a casa de la tía Felipa, que vive a cincuenta metros, más allá de la tienda de abarrotes, para traer a la beba, que había pasado la noche allí. Le pidió a Celina que la vistiera, le diera su desayuno y él mismo la llevó al kínder. Luego regresó a casa, llamó a la oficina para disculparse, cerró la puerta de la habitación y se dispuso a gozar por segunda vez de Daniella. Una vez terminado el asunto con un estertor apasionado y un grito de soberana independencia, se bañó, descubrió sus nuevas canas y su arruga, se vistió para ir a la oficina (en realidad no tenía que hacer otra cosa sino estar sentado y esperar la visita de los proveedores, que nunca llegaban en lunes), pasó por la gasolinera, abandonó a Daniella en el vídeocentro y escogió a su sucesora, una jovencita alemana de mirada cándida, se reintegró a la respetabilidad, no sin antes mirar con nostalgia a Diedre, Roberta, Nicoleta y suspirar de emoción al pensar en las noches por venir con Cindy, Janice, Helga, Akiko y otras cien criaturas que envidiarían el sultán de Brunei, el Jeque Nefzaqui y los más grandes desafortunados que hayan existido. Escondió a la pequeña alemana bajo la llanta de refacción y se prometió recluirla en el baúl lo más pronto posible. Se juró a sí mismo que no iba a invitarla al jolgorio sin antes darle la oportunidad a su mujer. Esperaría exactamente una semana, pasada la cual aprovecharía el primer enojo de Catalina para tener el pretexto justo.

El lunes sería un día pesado pues los dos desmanes con Daniella habían sido estragosos, pero era necesario soportar la rutina diaria (incluso ir al sauna con su esposa y comer en casa de los suegros). A cambio de ello, llegaría la noche (ojalá a Catalina no se le ocurriera hacer una fiestecita de reconciliación), el descanso, y el martes volvería a ser el licenciado Patricio Dióscuro, encargado del departamento de proveeduría de *Tribuna Popular*. Alto y garboso, ventripotente, siempre vestido de manera juvenil, era el elemento cordial de la oficina. Fue tenista casi profesional, fue consejero de un candidato del partido conservador, fue líder en el grupo scout del barrio, fue ciclista y cumplió la hazaña de ir al puerto de Cartagena y regresar con el pelotón, aunque llegara en último lugar. El currículum de lo que intentó ser resulta fatigoso por interminable y medio disparatado. De lo que no se puede dudar es que terminó su licenciatura en administración de empresas, pues el título preside la sala de su casa y la copia del título le sirve de corona en las paredes de la oficina, que son un verdadero periódico mural. Es un inútil, dicen, y a Patricio no le interesa hacerles cambiar de opinión. Para él es regla la consoladora certeza de que fingirse tonto es la forma más sencilla de ser feliz.

Patricio cumple casi todas las leyes de la decencia y el civismo. Es un hombre bueno. Tan bueno, dice Catalina, que parece subdotado. Todo el mundo te engaña. Cualquiera te puede convencer de lo más increíble. Catalina sabe de las aficiones de su esposo por la pornografía. Ella misma, después de los desmanes en la casa de las columnas, vio media docena de películas cochinas con su esposo. La primera vez sintió náuseas, aquello le pareció demasiado orgánico, poco honesto. Lo soportó hasta que los

personajes se trenzaron en una escena contra natura poco estética.

-¿En qué consiste lo hermoso del acto sexual y dónde comienza la vulgaridad?

Patricio no supo responderle pero ella sí.

-En primera medida debe haber algo más allá de la carne. Una melodía discreta, detalles graciosos en la escena, una expresión auténticamente humana en los rostros. En segunda medida, se deben evitar los grandes planos, los cuerpos deben verse parcialmente. En tercera medida las tomas deben ser lentas y minuciosas.

Catalina continuó disertando. Patricio no supo escucharla.

Con las damas de vídeo era otro cantar: estaban sujetas a su capricho y por eso podía darles tiempo, sosiego, incluir pausas para alargar el deleite, salir del cuarto a respirar aire puro y cuando el desfallecimiento ya fuera inevitable, lanzarse con la espada en la mano contra el cielo, limpiar cuidadosamente la sangre y regresar a batallas más tristes.

Cuando vio la tercera o cuarta película Catalina comenzó a detallar con interés casi científico las felaciones y a darse cuenta de que las tipas aquellas en ocasiones sí tenían algo que enseñarle. Eran como artistas pacientes que con la lengua levantaban esculturas que alcanzarían su apogeo en el mismo instante en que se iniciaran la caída.

-Y el asunto ese de la felación. No sé, creo que oculta algo que nadie ha podido descubrir o por lo menos que no se han atrevido a revelar.

-¿Qué?

-No es la necesidad de humillarse. Es algo más. Como querer apropiarse de la sustancia del otro. Como querer ser el otro. Un asunto que tiene que ver con el canibalismo, con nuestros antepasados. Pero esto sucede si y solamente si -Catalina en raras ocasiones saca a relucir sus filosofías, pero a veces vale la pena escucharla- la felación es resultado del más absoluto amor y de una pasión del instante. Como que volvemos a ser las bestias que fuimos antes de ser seres humanos con conciencia.

Patricio prefirió no teorizar. La verdad es que en la vida real él prefería los negocios limpios y expeditos, sin barroquismos antropológicos o cursilerías. Y el asunto del amor con Catalina le resultaba en general muy sazonado. Demasiadas fantasías revoloteando en la penumbra, presencias ocultas en las sombras, ruidos, murmullos, súbitas detenciones. O tal vez el problema era que su esposa siempre quería las cosas a su manera, con una aburridora igualdad de oportunidades en la que Patricio alcanzando un leve placer se consideraba habitualmente perdedor.

Y después, cuando iban juntos al videocentro, Catalina tomaba con retador desparpajo las películas triple X, estudiaba los estuches y hacía comentarios en general burlones. (Qué le podían enseñar esas individuales, si ella misma movida por la naturaleza fogosa e impaciente o por los demonios de los espejos se había atrevido a llenarse la boca sin recato!

Entonces fue Patricio quien comenzó a alejar a su cónyuge de esas

películas. No quería tener una esposa perversa, no tan perversa. Que se atreviera a todo en la cama, pero que no se aficionara a la pornografía. Aquello era un vicio sucio y contaminante, un vicio de hombres, que sólo se permitían en las fiestas de fin de semana, cada vez más escasas por la infinidad de incidentes de la vida y el humor cada vez más agrio y veleidoso (cada vez más filosófico y lleno de imaginaciones) de Catalina.

-¿No te aburre saber que vas a hacer lo mismo una y otra vez con la misma persona durante treinta o cuarenta años?

-No me aburro de respirar, y eso lo hago cada dos segundos.

La verdad es que sí había una dosis de aburrimiento con su esposa y ello tenía que ver con la rutina. Si lograban escapar de la casa, del trabajo y la ciudad, y hacerlo cerca de la playa, en la montaña o en un hotelito de paso cercano -cómo olvidar la casa de las columnas-, el acto resultaba memorable. Era como un retoñar de aquella vieja pasión de los primeros días, cuando podían hacerlo tres o cuatro veces en una noche y Catalina lloraba silenciosamente de dicha y pena a la vez. Entonces todo era simple y estaba rodeado por un halo de candor.

Patricio logró alejar a su esposa de la pornografía. Pero él mismo no pudo abandonar a sus mujeres de vídeo. Cuando pasaban semanas y hasta meses sin que Catalina fuera propicia, Patricio perdía el sueño, se levantaba a media noche, bajaba al bar y poco a poco se iba dejando ganar por la idea de que se acercaba la hora de esa especie de reivindicación y de consuelo. Es claro que se avergonzaba del asunto y que muy en el fondo sufría por la añoranza de una especie de santidad conyugal que ya no podría sustentar. Es claro también que Catalina tenía parte de la culpa, por no cumplir con sus deberes constante y periódicamente. Había de todos modos una reserva de felicidad en ese vicio oculto: saber que sí podía serle infiel a su esposa, aunque fuera con señoras de celuloide. Era su partecita podrida, su gusano en la manzana. Todos los seres humanos tienen su gusanito, se decía. El de Catalina era una necesidad de analizarlo todo, de mentirse a sí misma con imaginaciones, una especie de neurosis obsesiva que la llevaba a destruir cualquier principio de armonía. Se le perdonaba eso y lo demás, porque así como sabía odiar a fondo y estaba a punto de mandarlo todo al infierno por una pequeñez (y todo era más que suficiente: la casa de tres niveles, el auto, una sirvienta a veces, los niños en buenas escuelas y vacaciones dos veces al año) también era una mujer amorosa, dedicada a sus hijos, ordenada, y, sobre todo, eficiente. Ella era la que aportaba el 75 por ciento de los ingresos familiares y la que los administraba. A su esposo le proporcionaba apenas lo suficiente para la gasolina, el periódico y 200 000 pesos semanales en efectivo para gastos de emergencia. Entre los gastos de emergencia, entraban, naturalmente, las damas de vídeo.

Cuando el licenciado regresó el lunes de su trabajo, agotado por la inactividad de la oficina y las batallas de la noche anterior y la mañana, vio que su mujer abría la puerta de la casa con una amabilidad sorprendente. Estaba de buen humor. Ofreció sus labios al beso. Patricio la abrazó estrechamente, la miró a los ojos y le preguntó retador:

-¿Será posible que esta noche tengamos una fiestecita?

Catalina suspiró, agarró de las orejas a su marido y clavándole los ojos en las pupilas, le dijo:

-Entiéndeme, amor, no me interesa. Estoy en un periodo de balance emocional. Prefiero dormir en el cuarto de la niña.

Patricio esbozó su muy sincera sonrisa de santo. La clave de la felicidad matrimonial era sencillísima: a la mujer, lo que quiera.

Cerró los ojos por un segundo y recordó la expresión cándida de la pequeña alemana, que lo esperaba ansiosa en el fondo del baúl de la ropa de invierno. ¿Por qué hacerla esperar una semana?

El licenciado Patricio Dióscuro vio que sus hijos corrían hacia él, abrió los brazos y la recibió como quien recibe un beso de Dios en la frente.

3. Sueños de un buen cristiano

Yo mismo abrí la puerta y volví a cerrarla antes que el viento y la lluvia convirtieran la sala en un paisaje de catástrofe. Le permití entrar por elemental compasión. Lo que vi podría haber sido cualquier cosa, pero nunca lo que resultaría ser, una criatura tan desquiciante, tan sutil y de alguna forma prescindible: un enorme pantalón como de payaso, un suéter gris-perro demasiado grande, la cabellera como una gran mano negra, brillante y salvaje, cubriéndole el rostro, la espalda y los ojos, unos ojos esquivos, movedizos. No supe cómo se le ocurrió a Catalina aceptarla en casa. Creí ver en ella una mirada torva, como de ave de rapiña. O tímida, humillada por la vida. A partir de ese instante fueron precisamente sus ojos los que me desconcertaron. Desde el primer momento se empeñó en trabajar mirando al mundo de manera oblicua, no por humildad, supongo, sino por recelo, y no quiso sentarse a comer sino que anduvo por toda la casa husmeando el terreno y tocando las cosas con desconfianza de ciego. No sabía leer ni hacer cuentas, pero sí cocinar lo básico, desollarse las manos lavando ropa y repetir con fidelidad de grabadora los mensajes. Por sus rasgos conjeturé que venía de Arauca o Caquetá, de un pueblo al que sólo llegaría la civilización como una sospecha. Tocó a nuestra puerta gracias a la recomendación de la agencia de turismo, la misma que nos tuvo en la casa de las columnas. No entiendo cómo fue que Catalina, que guarda tan extraña memoria de aquella casa y tantas sospechas de la famosa agencia, aceptó que trabajara en casa. Al segundo día le dijo a mi mujer que estaba incómoda, que no se hallaba. Tal vez porque su baño es de rejillas de madera y cuando está en menesteres íntimos se siente como inmersa en una pecera. El caso es que la niña no se ha bañado desde que llegó. Cuando se la invita a que coma, dice en voz baja que más tarde. Y si se le insiste, simplemente pone un poco de arroz en un plato y se lo come de pie. En su medio español dice: Así como yo y así me alimento mejor. Y uno piensa en un perro que alterna el comer y el mirar temeroso a su alrededor.

Ya tiene sus pechitos desarrollados y deben ser una imagen del cielo. Veo como levantan los tejidos de su suéter gris-perro y la imaginación se me llena de aire fresco observándola respirar. La casa por primera vez en muchos días está ordenada, aunque hay secciones en desorden, lo que es natural, siendo nuestra asistente doméstica apenas una niña.

Al tercer día de la llegada de la muchachita mi esposa y yo estuvimos deambulando por la casa hasta que dieron las diez, hora de dormir a los niños y de clausurar las rutinas domésticas. (Cada vez que cierro la puerta de la habitación conyugal imagino que abrimos paso a un territorio distinto, más libre y emocionante, en el que todo está santificado por la presencia de un Cristo que nos mira complaciente desde su cruz, también pienso que las depresiones, los fantasmas que visitan a Catalina, algún día desaparecerán y volveremos a ser los de antes). Nos despedimos de Atiú, le dimos nuevas cobijas y la mandamos a la cama. Nos acostamos, vimos el noticiero, mi esposa jugó con el control remoto hasta que propuso, durmámonos, y casi inmediatamente cumplió su propósito. Yo no pude. Mi cuerpo todo parecía un inmenso receptor, una cosa grande, gozosa, dolorida y despelleja que estaba al acecho de sonidos, olores, temblores, vibraciones, sombras. La saliva se condensaba en mi boca. De mi estómago ascendía un humor agridulce. No había ruidos en el cuarto de los niños ni en la biblioteca e incluso el perro, al que dejamos dentro de la casa cuando hace frío, no daba señas de estar despierto. La idea de hacer una excursión nocturna y pasar cerca de su habitación no me pareció nada prudente. Atiú estaba demasiado fresca en casa. Me desnudé, como de costumbre cuando veo que mi esposa está dormida, y me tendí a su lado para disfrutar del calor animal de su cuerpo. Me ceñí con fuerza a Catalina. No sé por qué me acogota la angustia cuando veo que ella se entrega al sueño y me deja como un náufrago en la orilla. A veces basta rodear con un brazo su cuello o abarcar su cintura o posar mis manos en la tersura de sus muslos para sentirme arrastrado, libre de expectativas, de ansias y debilidades. Pero no esa noche. El tic tac del reloj de péndulo me arrojaba de pared a pared, dejándome sangrante y sudoroso, en un entresueño de pesadillas, de las que salía a flote con la idea de que los ojos de Atiú acechaban en la oscuridad. Comencé el movimiento de salir de la cama para ir abajo a buscar un trago. Antes de que cerrara la puerta de la habitación conyugal, Catalina, que aun dormida conserva los buenos modales, me dijo no olvides ponerte la bata, recuerda que hay extraños. Y es que tengo la vieja costumbre de andar en paños menores por la casa cuando todos están dormidos. Me fui paso a pasito con la bata pesando sobre mi cuerpo. Estaba tan negra la noche que decidí cerrar los ojos y jugar a adivinar mi camino. Fui a la cocina y regresé al dormitorio con el trago y un cigarrillo iluminando mi paso. No me atreví a desviarme hacia la habitación de servicio. Mientras ascendía por las escaleras algo en mí comenzaba a rasgarse. Era como si el cuerpo tirara hacia abajo y el espíritu hacia arriba. O al revés. Para entonces ya serían las dos de la mañana. Cuando entré a la habitación, Catalina estaba fingiendo dormir. Lo supe porque al acercarme a ella, lanzó un suspiro que conozco bien, resignación, alivio o advertencia, no sé. Cayó en el anzuelo, me quitó el cigarrillo de la boca y le dio mejor uso a mis labios, mientras ella aspiraba el humo con largueza y apasionamiento. Escuché ruido de pasos acolchados y pensé que era el perro, ahora sí despierto, alertado por

nuestros susurros y sin embargo, como de costumbre, discreto. Ya me había acostumbrado a encontrarlo tendido a la puerta del cuarto, con el hocico entre las patas, durante las vigilias de amor. Esa noche fue una de las que apunto en el calendario, Catalina estuvo más elocuente y osada que nunca. Uno de mis principios morales: no hay que llevar demasiado lejos la perversión con la esposa. El Cristo es testigo de que tengo sentido de los límites. Y así estuvo la molienda, alargada como de costumbre por Catalina hasta la exasperación y luego, cuando me tocó a mí el deleite, se ocupó con impiedad y me fue acabando muy pronto de modo que tuve que decirle que rápido me abriera las puertas y apenas llegué me pude descargar en ella en parte y en las sábanas el resto y Catalina se enfurruñó, dormimos espalda con espalda y al día siguiente ella, yo y los niños, todos llegamos tarde al trabajo y a la escuela. Cosas de la vida.

Un secretito: por fin Atiú se ha bañado. Lo hizo con la luz apagada. Al pasar a su lado un olor indiscernible me trajo incómodos recuerdos, detalles de niño que uno evoca ya viejo. Eso y la primera comunión fueron mis grandes emociones. Las ventanillas de mi nariz se ampliaron para oler su piel recién lavada. Pero lo que más me impresionó no fue el olor, sino la larguísima cabellera negra, húmeda, esa gran mano destellante que se despeñaba en un torrente de agua violenta desde su cabeza, torneando su nuca, sus hombros, su espalda, la curvatura del inicio de sus ancas. Una cabellera que en lugar de vestirla lo que hacía era desnudarla. Al sentirme pasar a su lado levantó ligeramente los ojos e hizo con sus labios un rictus que me pareció de falsa contrariedad o coquetería. Quise adivinar una sonrisa. Sin duda ya se dio cuenta. Lo que no sabe es si me puedo atrever o no. Recibí el latigazo de su cabellera y seguí de largo.

Al cuarto día Catalina habló en privado con Atiú. Luego me llamó. Se va a ir, te lo digo, simplemente no se halla. Le pedí que le diera confianza, que la llevara de compras. Eso hizo. Pasaron la tarde juntas y ahora Atiú está pintando con los sagrados pinceles de Catalina. Y es que la ha impresionado. Si hay algo que le llame la atención a mi Catalina es la gente trabajadora, la gente ordenada, y Atiú lo es. Esta noche tomaremos café e iremos a la cama. No creo que suceda nada interesante. Pero quién sabe. Los caminos del Señor son inescrutables. Ya en la cama hago un balance: lo del primer baño de Atiú tendría otros pormenores. Al pasar al lado de ella sentí un olor curioso, no era el aroma común de un jabón barato, ahora lo comprendo, sino algo más fuerte. Imaginé baños de hierbas y cosas de esas. Sortilegios, enjuagues, limpias, asuntos de indios. Luego, al ir a investigar al baño, me di cuenta. El jabón de la ropa, el mismo que usamos para bañar al perro, estaba húmedo. Pobre Atiú, tan humilde que no se considera digna de un jabón de aroma. Otro dato: al servirme el café, se acercó bastante. Rozó con su mano mi rostro sin turbación alguna, con naturalidad, imaginé que lentamente. Su larga cabellera fue como una brisa tibia a mi lado. No pude evitar estremecerme de placer. Afortunadamente Catalina no lo notó. Más tarde, mientras le miraba las piernas (oscuras, largas, fuertes como las de una pantera, ya sin los pantalones de payaso, con una falda amplia y adornada por olanes como orejas de elefante, ropa que le han regalado, sin duda) me di cuenta de que Catalina había visto que yo estaba mirando a la niña, pero fingió no haberlo

notado.

-No me lo vas a creer -dijo Roberto Guaraldo en la oficina- pero sospecho que las esposas lo hacen a propósito. Contratan a cabritas para abrirle el apetito a sus viejos cabrones.

Nunca falta un morbosos como Guaraldo en las oficinas.

Por la mañana repetimos todos los rituales de la eternidad. Catalina haciendo pereza apagó el despertador. La siguiente noticia fue que faltaban quince minutos para las siete y era necesario colocar a Patricio en la escuela, bañado, desayunado y con todo su equipo de libros, uniforme deportivo, lonchera, cuadernos firmados, en orden. Un verdadero record mundial. Lo logramos. Luego fue la batalla con Diana, que había dado en fingirse enferma para no ir al kínder. Y mientras tanto Atiú seguía durmiendo y Catalina le respetaba el sueño porque ayer había estado resfriada. Bueno, ya con Patricio, Diana y Catalina colocados en sus respectivos lugares (mi mujer es gerenta de ventas de una línea aérea), tomé la decisión. Si el tren iba a pasar justo por la mitad de la sala, que pasara. Calenté el boiler diciéndome que lo de la higiene era lo más sencillo y natural del mundo, una especie de recurso universal, es decir, la gran alianza. Entré al baño, me desnudé y abrí la llave del agua caliente. Sabía o suponía que Atiú iba a hacer exactamente lo que le pidiera. Tonita -así la llamo a veces-, ven acá por favor, dije sin poner autoridad alguna en mi voz, apenas con un poco de cariño que no fuera muy evidente. La niña se acercó al baño enrejado y permaneció a la escucha.

-Mira, Atiú, ya me di cuenta de que ayer te bañaste con el jabón del perro. Eso no está bien. Es necesario que te bañes bien y que te quites esa porquería pues te puede dar hasta sarna. Entra y báñate.

Atiú entró. Ni siquiera protestó porque yo estuviera desnudo. -Quítate la ropa, le dije sin voltearme a verla.

Hubo un intento de protesta.

Pidió que la perdonara, dijo que el baño era muy estrecho, propuso que primero uno y luego otro. Le respondí que no se preocupara, que donde se baña uno se bañan dos, le dije que se apurara.

-Termina de desvestirte que voy a bañarte como nunca te has bañando.

Adiviné con el rabillo del ojo que la niña estaba iniciando el movimiento de desvestirse. No quise voltearme pues temía asustarla y además suponía que el ver sus prendas interiores sucias o rotas me desilusionaría. Voy a ser muy cauto, me dije.

Acércate. Atiú se acercó. Métete debajo del agua, mójate bien. La nena lo hizo. No la miré sino lo indispensable. Aquello era como el cuerpo de una nutria recién salida de un espejo de agua en la selva, un terciopelo liso, bruñido y duro como la caoba. Tomé el jabón y comencé a acariciar su espalda. El jabón se deslizaba con el cariño de la mano de un amante. Llegué a sus nalgas y luego conduje mi mano con el jabón hacia el frente de su cuerpo, donde me entretuve en el ombligo. Luego estuve en una lucha entre el norte y el sur. Triunfó el norte y me dirigí a sus pechitos. Ya para entonces, oh dios de los anhelantes, tenía que ocultar lo inocultable. Dirigí el jabón hacia

su bustito y lenta, muy lentamente, estuve bordeando las faldas y apenas rocé, con un tacto suavísimo, las cimas, para luego huir a zonas más neutras, su cuello, su rostro, la nuca, los omóplatos. En ese momento sonó el teléfono y supe que en la oficina me estaban extrañando. Por un instante sentí que la intromisión de aquel aparato infernal nos alejaba de la intimidad que tan difícilmente habíamos logrado y que la niña, súbitamente, había comenzado a percatarse de que aquello no estaba bien. El teléfono, señor, dijo Atiú. Déjalo sonar, respondí. Veinte años de puntualidad representan un récord que pocos pueden soslayar. Ella permanecía en silencio, no sé si disfrutando del agua, tratando de hallar un significado a lo que estaba sucediendo o buscando una respuesta adecuada a mis ceremonias. Finalmente exclamó con inocultable placer está caliente. ¿Nunca te habías bañado con agua caliente?, le pregunté. No señor, dijo, es lindo, y además es mi primer trabajo con la agencia. No quise interpretar su respuesta. Me puse de rodillas y le enjaboné las corvas, los muslos, y con muchísimo tiento los entremuslos. Atiú abrió poquito las piernas y permitió la higiene. Vio entonces lo que era inevitable y expresó curiosidad. Mi vergüenza, al sentirse aludida, dio un envión, pero afortunadamente pude contenerla.

Lo que pasa, dije, es que el agua caliente hace que el cuerpo sufra cambios. Atiú me miró y se miró a sí misma sonriente y dijo tiene razón el señor. De ahí no pasó la cosa. Atiú se secó con su toalla, una especie de trapo de piso. Yo arreglé mis asuntos y salí para la oficina, no sin antes decirle lo del baño es asunto privado entre tú y yo, ya sabes que Catalina es muy quisquillosa. Atiú asintió con un lindo caer de pestañas. Sus ojos no eran de ave de rapiña sino de canario, redondos, asombrados. De nuevo recurrió a su falda con olanes gigantescos y a su suéter gris-perro. Me prometí comprarle una ropita menos aparatosa. En el pelo que caía a sus espaldas, a nivel de la cintura, se había anudado una cinta de color rosado.

El día anterior, cuando estaba ante la computadora con la puerta semiabierta, la niña se acercó, tocó con delicadeza y me preguntó algo, no recuerdo qué. Me miró con curiosidad y luego, bajando los ojos dijo usted perdone, señor, tiene el suéter al revés. Se lo agradecí grandemente. Les aseguro que habría ido a la oficina con el suéter al revés, lo que me hubiera convertido en el hazmerreír de todos y no me daría cuenta hasta que regresara a casa y Catalina me hiciera notar la bobería.

Quinto día. Poco a poco va tomando confianza. Su media sonrisa se transformó en franca alegría. Ya le hace travesuras a Diana. Le cubre los ojos con las manos y pregunta quién soy. Quiere estudiar. En un momento aprendió a leer la hora y la tabla del dos. Ahora que salió el sol usa una faldita corta, de tejido tenue, que me consuela. Basta. Son las doce de la noche. Sentado en mi reposit, de pronto doy un salto. Si le digo que le voy a enseñar secretitos y la inicio así de golpe y comenzamos a llevar una vida secreta después de la medianoche, cuando todos duermen. Podría ser una bonita historia, siempre que no hubiera remordimientos o consecuencias. El problema sería el cansancio, la dificultad de llevar doble vida. Todo está en que ella conserve la inocencia y en que yo no me deje vencer por un moralismo de baja calidad. San Agustín supo pecar y luego redimirse. Hasta para ser malvadillo se necesita clase. Lo cristiano no quita lo perverso. Bien dice san

Pablo que los pecados de la imaginación son disculpables. Atiú acaba de entrar y retira, con toda confianza, la ceniza de mi tercer cigarrillo del día. La niña cumple al pie de la letra lo que le digo. Porta una cinta azul amarrada en una muñeca. Ya entiende que mi estudio es sitio sagrado, que debe estar siempre limpio. Pienso en la facilidad con que permite el contacto de sus manos con las mías. Y ahora recuerdo que anoche, una vez que vi a Catalina dormida, fui a visitar a los niños, los cubrí bien y les di sus besos. Luego bajé a desocupar la vejiga y a tomar agua. Después subí a la azotea a mirar las estrellas. Escuché que Atiú tosía y supuse que su tos era un recurso para llamar mi atención. Oí su voz suplicante. Señor, me siento malita.

Entré a su cuarto. Inmediatamente un olor violento me acometió. Vi sus pies desnudos y llegué a la fácil conclusión de que los baños no bastaban para civilizar a la niña. La pobre traía años de olores atrasados. Me duele el pechito, dijo. Me acerqué. Metí mi mano bajo su blusa y sentí su pecho brincar como una ratita en un sartén ardiente. Con razón, tienes fiebre, le dije.

-Lo que necesitas es un masajito. Quítate la blusa.

Lo hizo y me mostró con confianza casi conyugal sus pechos. Una delicia como sólo la ha pintado Bougureau, apenas brotando jubilosos, creciendo frutales, de maravilla, llenos de entusiasmo. Se siente bonito, dijo, tiene su mercé buena mano, seguro que todo lo que siembre va a crecer, qué dichosa debe ser la señora Cata, con esas manotas tuyas de usté para ella solita. Estaba sonriendo en la oscuridad y sus facciones aun más oscuras resaltaban el blanco de sus dientes y el fulgor de sus ojos. Le preparé un té de canela, que bebió caliente, lo que la puso a sudar. Ahora a dormir, le dije. Cuando yo iba bajando las escaleras sentí que suspiraba, ya su tos era más mesurada, como si la visita le hubiera calmado las ansias.

Octavo día. Ayer, antes de que todos saliéramos como pavos navideños hacia la iglesia, Atiú nos llamó aparte y nos dijo que se va a ir, que quiere regresar al rancho y olvidarse de los trabajos de la agencia. Mi mujer me mira con suspicacia de te lo dije. Sin quererlo, sin pensarlo, le digo sí, hijita, tienes que irte, trece años no es una edad para andar sola por el mundo, hay mucha gente mala, lo bueno es que caíste en casa de buenos cristianos. Ya en la iglesia no pude armar ni un Padre Nuestro. Cerré los ojos y me entregué a la devoción de recuperarla. Su busto, sus piernas, su olor, su mal olor, su cabellera, sus manos, su boca, su entrepierna, la caída de sus pestañas, el torneado de sus nalgas, la media sonrisa, e fulgor de sus ojos. Al regresar me dediqué a mirarla con mayor fruición. Cada vez que pasaba a mi lado se me iba el alma con ella. No dudo que mi mujer estuviera disfrutando del asunto. Es posible que Guaraldo tenga razón. En ocasiones la sonrisa soterrada de Atiú me hace suponer que no es tan casta como parece. Tal vez guarde su secreto, tal vez sea una putica que trabaja por encargo de la agencia y con la complicidad de las esposas. De todos modos cada vez que pasa a mi lado mis ojos se van hacia ella irremediabilmente y espío su busto y sus nalguitas con avidez y miro sus piernas. Ella se deja mirar. Le divierte notarlo. A veces se pasa de amable. Está pendiente de cada uno de mis caprichos para cumplirlos. Ayer, antes de que yo saliera rumbo a mi trabajo, me dijo, Don

Patricio, tiene un cordón de zapato desamarrado, e inmediatamente se puso de rodillas a amarrarlo. Y sin embargo su servicialidad no es obsecuente. Anoche subí, a eso de las doce y olí sus patas. Me acerqué a ella y le dije sabes qué, Atiú, te huelen mal los pies. Quiero que te bañes ahora mismo. Ella obedeció. Yo bajé las escaleras y estuve imaginando su baño, mientras abrazaba a mi mujer. No podía atreverme a más.

Por la mañana vi tendida la ropa de Atiú, pero no hallé prendas interiores. O tiene apenas un calzón y un corpiño o esconde sus mudas de ropa. Atiú ya dijo que se va a ir de la casa el 31 de marzo, entonces terminará esta tortura y regresaré a ser el de antes. Casi me siento en paz con el Señor. Acaso sea una prueba más. ¿Vale la pena dejarse llevar por el pecado? No sé. A veces gozo esta situación, pero definitivamente no sufro por ella. Atiú ha llorado inconsolablemente. No quiere irse, pero quiere irse, en realidad no sabe lo que quiere. Y ya mi esposa decidió que si ella no se va, nosotros la echamos a la calle.

Nos visitó la sirvienta perfecta. Rechoncha, eficiente, servicial, asexual, con bigote y cuello de toro, una boyacence rubicunda que podría echarse un bulto de cien libras a la espalda sin fruncir el ceño. No espera nada de la vida sino levantar a sus hijos, trabajar y morir tranquila. A eso aspira. Mi mujer confía en ella. Le pidió que regresara dentro de una semana: doble sueldo y dos días semanales libres. Ya Atiú ha dado muestras de pereza adolescente. No vamos a esperar hasta el 31 de marzo. Que se vaya, eso es. Resulta una pena, pero yo estoy de acuerdo. Esto no puede seguir. Amanece. Atiú trabaja con melancolía. Acaricia la escoba, pasa las manos lentamente sobre los platos, parece estar dejando algo de sí en cada cosa que toca. Esta tarde se va. Me prepara el desayuno, plancha mi ropa, alista el termo de mi café para la oficina. No deja de llorar. No sé qué hacer. Estoy a punto de salir con mi maletín. Será la última vez que la vea a solas. Atiú me abre la puerta. Tiene las manos sobre el rostro. Cuando ya estoy montado en el coche, me llama.

Don Patricito, dice sin separar las manos de su rostro, lágrimas escurren entre sus dedos, quiero pedirle una cosa. Lo que quieras, respondo. Yo he visto como quiere su mercé a la señora, los he pensado apercolladitos mientras duermen a lo oscuro de la mañana, escuché varias noches los ruidos del amor, quiero pedirle una cosa y me da mucha pena.

-Lo que quieras -le digo irresponsablemente.

-Quiero que esta mañana no vaya a la oficina, que se quede conmigo, que se me lleve a la cama de sus mercedes, que me abrace como abraza a la señora Catalina, que me tenga así acongojada unos tres minutitos, y después, si quiere, me hace las cosas del amor, yo me dejo, sé que duele, me dijo mi mamá y la agencia me advirtió que está prohibido, pero también sé que nadie podrá hacerme la primera visita con cariño y respeto como su mercé y yo, sabe, se lo agradeceré toda la vida, y le juro por la virgencita que no se lo diré a nadie, lo guardaré como una carta de amor.

¿Qué hacer? Cumplí su deseo. La niña estaba entera, como uno de esos pollitos que no terminan de salir del cascarón y a los que hay que ayudarles a

nacer. Después de mantenerse con los ojos cerrados, en paz, ya sin llorar, se entregó con dulzura y fui tan cauto, tan cariñoso como sólo puede serlo un hombre en el último hervor, sabiendo que a Atiú la espera allá afuera un mundo que tal vez no le sea propicio, pero que con el recuerdo de esa mañana de amor, tal vez le sea más leve, como acaso lo sea para mí lo que resta del camino para llegar a donde me toca. Espero que el Señor comprenda y sepa perdonar, si es que hay pecado.

A las doce, me llamaron de la oficina. Tuve que ir. Cuando regresé a casa, Atiú no estaba. Y al entrar a la habitación conyugal creí ver que el Cristo que tenemos sobre la cama me guiñaba un ojo.